

CABALLERO.—

¿La has reconocido?

GABRIELLE.—

Sí, señor, en cuanto la he visto.

CABALLERO.—

¿Y ella a ti?

GABRIELLE.—

No, señor. He cambiado mucho.
Ya no llevo el pelo tan largo
ni las gafas oscuras, por lo hablar
de este bigote postizo.
(*Se lo quita.*)

CABALLERO.—

Veo que también te has vuelto
italiano.

GABRIELLE.—

Sí, señor. Me pareció
de buen tono. Quería cambiar de imagen; una nueva
personalidad. Con mis antecedentes...
el señor ya sabe a qué me refiero.

CABALLERO.—

No lo digas con sorna.
Yo no tengo la culpa de lo que pasó.

GABRIELLE.—

Sí, señor, ésta es la cuestión:
que el señor no tuvo ninguna culpa
y a mí me metieron en la cárcel.

CABALLERO.—

Te pagué al mejor abogado.

GABRIELLE.—

Sí, señor, y al cabo de dos meses
el mejor abogado estaba en la celda de al lado.
Pero dejémoslo estar, señor,
ahora soy otro: me llamo Gabrielle,
el señor no me conoce, ni yo al señor.

CABALLERO.—

Lo tendré en cuenta
y sólo te llamaré si te necesito.
Ya viene, ponte el bigote
y estate al quite.

12

Entra GLORIA por 3 con cara seria, pero al ver a GABRIELLE vuelve a componer la expresión sonriente del principio..

GABRIELLE se da la vuelta y se vuelve a poner el bigote.

GLORIA.—

(riendo estúpidamente) Era mi marido. Ha tenido que ir más lejos de lo previsto. Aún tardará unos veinte minutos. Ruega que le disculpe y me pide que le atienda como usted se merece.

GABRIELLE.—

Io vado in cucina.

*GABRIELLE sale por 1.
Silencio.*

GLORIA.—

¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me corrompiste? Yo era una niña...

CABALLERO.—

De niña, nada. Estabas casada, tenían un trabajo y dos hijos, como acabas de decir. Seguramente estabas harta de pañales y biberones. La vida no era como la habías soñado. Con el primero que te salió al paso tuviste una aventura. El asunto se acabó. Todos los asuntos se acaban, y nunca se acaban a gusto de todos. Pero la gente se rehace, vuelve a tener asuntos, que también se acaban. Y así hasta que un buen día, uno descubre que está harto de tanto asunto, que lo que le apetece es quedarse en casa, leyendo, viendo la tele. Lo hace y se da cuenta en seguida de que ha sido una buena decisión. Pasan los años, uno vive tranquilo, y con los recuerdos se calienta el alma en las noches frías del invierno.

A esto se le llama sabiduría, Gloria.

GLORIA.—

No. A esto se le llama hacer trampa.
Cuando se ha jugado en serio, y se ha perdido,
los recuerdos son de hiel y ceniza
y todo lo que antes había sido maravilloso,
las caricias, el placer, la ternura,
se vuelve asqueroso, insufrible,
como si fuera una parodia obscena
de la realidad. (*Pausa.*) No necesito consuelo.
Caí y desde entonces
no he hecho más que caer,
y cuando llegue al fondo, haré un agujero
para seguir cayendo. (*Levanta el vaso de whisky.*) A tu salud.

CABALLERO.—

A la tuya.

Beben. Silencio.

GLORIA.—

No has cambiado. Está moreno
pero no gordo. Se te ve tranquilo
y satisfecho.

CABALLERO.—

Sí, ¿por qué no?
No tengo deudas ni remordimientos,
me gusta la vida y el placer
y no soporto la tristeza ni la melancolía.
¿Preferirías verme afligido,
abrumado de angustia y de aflicción?
(*Pausa.*) He conocido muchas mujeres como tú.
No me das miedo.

GLORIA.—

¿Miedo? ¿Por qué
habrías de temerme?

CABALLERO.—

El odio da miedo.

GLORIA.—

No seas presuntuoso: yo no te odio.
Hace unos años, quizás sí. Ahora ya no.
No me dejaste ni una migaja de sentimiento.
Tengo el corazón seco. Y el cuerpo también.
Lo que te he dicho antes no lo he dicho
en sentido metafórico. Después de ti

no me ha tocado nadie.

CABALLERO.—

¿Y tu marido?

GLORIA.—

Dormimos en cuartos separados. El cree que estoy enferma.

CABALLERO.—

¿Y no lo estás?

GLORIA.—

Enferma, no. Ya te lo he dicho: corrompida. Tú me corrompiste.

CABALLERO.—

No sé qué quieres decir.
Nunca te obligué a hacer nada que tú no quisieras.

GLORIA.—

Todo lo hacía
engañada: ésta es la cuestión.

CABALLERO.—

Yo no te engañé. Nunca te dije que...

GLORIA.—

Lo que se dice no tiene la menor importancia.
Lo único que cuenta es lo que se es, y tú eres un corruptor, amor mío.

CABALLERO (*divertido*).—

¿Así que me iré al infierno de cabeza?

GLORIA.—

En la otra vida, no lo sé. Allí no tengo jurisdicción. Pero en ésta, no te quepa duda.

CABALLERO.—

No me parece justo.

GLORIA.—

No es justo, sino moral.
Moral y justicia son cosas diferentes.
Mucha gente las confunden, y así va el mundo.

CABALLERO.—

Yo no entiendo de estos asuntos.
Sólo puedo decirte lo que he visto, y es
que las personas que hablan de moral
no son felices.

GLORIA.—

¿Feliz? ¿yo feliz?
Sí, ¿por qué no? Al fin y al cabo, la felicidad
es un valor añadido, que no tiene nada que ver
con nosotros. Y ahora estamos hablando de nosotros.
(Pausa.) Té diré cómo vivo. Nunca tengo hambre,
no puedo comer ni un grano de arroz; de repente
me siento desfallecer y me como una paella entera.
Yo sola. Luego estoy enferma una semana.
Paso las noches en vela y cuando al fin me duermo,
duermo tres días y tres noches sin parar.
Pero esto es sólo una parte de mí misma.
También soy una mujer que trabaja, una madre
de familia y una ciudadana cabal. Podríamos decir
que soy una típica mujer catalana,
como la mayoría. Y como ellas, también soy feliz.
(Riendo) La única diferencia es que yo estoy corrompida.

CABALLERO.—

Perdona, pero no te entiendo.

GLORIA.—

Lo entenderás en seguida. Escucha.
(Se le acerca. Señala la puerta 3.)
Al fondo de aquel pasillo hay otro pasillo
y al fondo de aquel otro pasillo, mi habitación.
Vamos.

CABALLERO.—

¿Tú y yo? ¿Ahora?

GLORIA.—

Sí. ¿Te da miedo? Hace un momento
me has dicho que no me temías.

CABALLERO.—

¡Estás bebida!

GLORIA.—

¿Ves como tienes miedo?
La fiera sólo era un perrito disfrazado.

CABALLERO.—

¿Y tu marido?

GLORIA.—

Todavía tardará un cuarto de hora.

CABALLERO.—

Siempre quieres hacerlo todo de prisa.

Gloria: éste no es momento ni lugar.

Yo he venido a hacer negocios. No olvides que vuestra empresa depende de mí; y de tu conducta depende la estabilidad familiar.

GLORIA.—

¿Y a mí qué más me da todo esto? ¡Que se hunda la familia, que se hunda la empresa, que se hundan los bancos y las cajas de ahorros, que se hunda la economía catalana y que se hunda toda Europa y sus asquerosos monumentos iluminados! ¡Has vuelto, amor mío! El azar te ha traído de nuevo a mi lado. Ven, muérdeme, aráñame, pínchame, pégame, quémame, tortúrame, hazme todo lo que me hacías y más. Aún llevo en el cuerpo las señales; al verte, las heridas han vuelto a sangrar y lo que sólo te pertenece a ti está intacto. Ven y lo verás.

CABALLERO.—

Gloria, ya sabes que no puede ser.

GLORIA.—

¡No me hagas esto, te lo suplico!

CABALLERO.—

¿No tienes dignidad?

GLORIA.—

Idiota, la dignidad de una mujer es su vanidad. ¡Vete!

¡Sal ahora mismo de esta casa y no vuelvas más!

Y no te preocupes por la editorial ni por mi marido; cuando regrese le diré que has cambiado de opinión.

CABALLERO.—

Para ya de fantasear, Gloria.

Lo que hubo entre nosotros,

nosotros lo sabemos. Un buen día
se acabó. La vida sigue.
El que la tuya te resulte aburrida
no es de mi incumbencia. Te di un poco
de diversión, unos instantes de sórdida pasión
con los que aliviar tu honesta, soporífera
y mezquina existencia.
¿Qué más quieres?

GLORIA.—

Quiero que acabes
lo que empezaste. Tú transformaste
mi sueño de belleza y de felicidad
en una relación enfermiza, sucia y falsa
y después me dejaste. Esto es el mal:
no lo que lleva al dolor y al fracaso,
sino lo que lleva a la desesperanza.
Me prometiste lo absoluto. ¡Ahora
no me vengas con rebajas!
¡Y no si me puedes dar lo que me debes,
mátame! ¿Quieres un arma?

GLORIA *se dirige al cajón donde ha escondido la pistola.*

13

Entra RICKY por la puerta de entrada al piso con abrigo y un paquete de la farmacia en la mano.

RICKY.—

Buena noches, ya estoy aquí;
disculpe esta pequeña
contrariedad. Un asunto
imprevisto, un verdadero
imponderable... Espero
que Gloria le habrá hecho los honores...

CABALLERO.—

Su esposa tiene un encanto irresistible.
Con ella se me ha pasado el tiempo
volando, de la manera más agradable
e instructiva. Pero celebro
que haya vuelto. Se hace tarde
y desearía entrar en materia.

RICKY (*mirando el paquete de la farmacia*).—
¿En materia?

CABALLERO.—

Analizar un poco nuestra futura
relación comercial.

RICKY.—

Oh, sí, sí, claro,
claro. Pero ahora... Tendrá que disculparme
una vez más. En seguida estaré por usted.
(*Sigue con los ojos el vuelo de un mosquito. Reacciona.*)
El camarero le servirá una bebida
y algo de picar. ¡Gabrielle!

(*Entra GABRIELLE inmediatamente por 2, como si hubiera estado escuchando todo el rato.*)

Gabrielle, sírvale una bebida al señor
y algo de picar... ¿unas croquetas?
Son de... (*Ve la bandeja llena de croquetas chafadas. Pausa.*)
Y llévase mi abrigo. (*Se lo quita y se lo da a GABRIELLE.*)
Tenga. (*Al CABALLERO*) Gloria le explicará...
(*a GLORIA*) El balance, la cuenta de resultados...
Vuelvo en un periquete.

RICKY *sale por 4 y entra GABRIELLE por 2.*

CABALLERO.—

Me gusta tu marido: tiene buena planta,
es educado, simpático y un poco tonto,
pero esto, que en un perro sería un defecto,
en un marido es más bien una virtud.

GLORIA.—

Ricky es un buen hombre.

CABALLERO.— ¿Ricky?

GLORIA.—

Para los íntimos. Para ti, Enrique Montaner.

CABALLERO.—

Cuando hablas de él te salen
llamaradas de los ojos. Se nota
que la pasión te embarga.

GLORIA.—

Y a ti los celos.

CABALLERO.—

Yo, celoso yo? ¿De él?
¿Por qué? Puedo tenerte
cuando quiera, en cualquier momento,
ahora mismo, si me apetece.

Da un paso hacia GLORIA, que retrocede, despavorida.

GLORIA.—

¡No te acerques! Por favor, no...

El CABALLERO continúa avanzando.

GABRIELLE abre la puerta 2, saca la cabeza y vuelve a cerrar

GLORIA tropieza con el sofá y se cae. El CABALLERO se le echa encima.

GLORIA.—

¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

14

RICKY entra muy alborotado por la puerta 4. En la mano lleva la jeringa preparada.

RICKY.—

¡Ha desaparecido!

CABALLERO.—

¿Quién?

RICKY.—

¡Silvia! ¡ha desaparecido!

GLORIA.—

¿Cómo?

GLORIA y el CABALLERO se levantan y se arreglan la ropa.

RICKY.—

¡No lo sé! La cama está deshecha
y su ropa esparcida
por toda la habitación, pero ella no está.

GLORIA.—

¿Dónde puede haber ido?

RICKY.—

La puerta del estudio está abierta.

GLORIA.—

¿Crees que puede haber salido a la terraza?
¿con este frío? ¿y sin ropa?
¡Y en su estado! Vamos a buscarla. Rápido.
Si no la encontramos pronto,
se nos queda.

RICKY (*al CABALLERO*).—

Discúlpeme
de nuevo. Como ve
ha surgido un pequeño contratiempo

o, mejor dicho, una variante
del mismo contratiempo.

GLORIA (*a RICKY*).—
¡Date prisa!

GLORIA y RICKY *salen por la puerta 3*.

15

Entra GABRIELLE por 1.

CABALLERO.—
La velada está resultando mucho más animada
de lo que yo había previsto, pero tengo la impresión
de que ha llegado el momento de largarse.

GABRIELLE.—
Señor, yo todavía no he cobrado.

CABALLERO.—
Haz lo que te parezca. Yo me voy.
Una mujer desequilibrada es un peligro,
pero dos... Tráeme el abrigo.

GABRIELLE.—
Vado subito.

GABRIELLE *sale por 2*.

CABALLERO.—
¡A mí no tienes por qué hablarme en italiano!

16

El CABALLERO solo un instante. Suena un reloj.
SILVIA *entra por la puerta 4 envuelta en una toalla.*
Está un poco aturdida y tarda un rato en advertir la presencia de un extraño.

SILVIA.—
¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!

CABALLERO.—
No se asuste. Soy un amigo.

SILVIA.—
¿De quién?

CABALLERO.—

De la casa. ¿Y usted?

SILVIA.—

Yo... también.

CABALLERO.—

Sí, ya veo que hay confianza.
¿Cómo te llamas? Te puedo tutear, supongo.

SILVIA (*con voz insegura*).—

Si... Silvia... Silvia...
Me llamo Silvia y he venido
a una reunión... de negocios...
pero de repente, no sé cómo,
me he mareado un poco. He sufrido
un ligero desvanecimiento y al volver en mí
he pensado que una ducha me sentaría bien.
Pero al salir del cuarto de baño
no he encontrado la habitación donde tenía la ropa.
Esta casa es un laberinto
y yo aún no tengo la cabeza firme...

CABALLERO.—

Siéntate aquí, Silvia, siéntate aquí
y cuéntame qué te ha pasado.

SILVIA se sienta en el sofá. Por 2 entra GABRIELLE con el abrigo del CABALLERO, pero éste le hace señas, sin que SILVIA lo vea, preguntándole, ¿quién es ésta? GABRIELLE hace gestos como diciendo: una borracha y una loca. El CABALLERO le hace señas de que los deje y GABRIELLE vuelve a salir y a cerrar la puerta en silencio.

SILVIA.—

Realmente no sé cómo ha sido.
Quizás he bebido un pelín demasiado,
o las pastillas... no lo sé. La culpa
la tiene mi ex-marido
y su abogado, y el juez.
Entre los tres me quieren quitar al niño,
y dárselo a él, ¿comprende?
Por eso él se ha llevado el dinero de la empresa y luego,
se ha conchabado con el abogado y con el juez.
Pero a una madre no se le puede quitar el hijo,
aunque ella sea la culpable
de lo que pasó, aunque sea una persona
inmoral y desquiciada, hasta cierto punto.
Yo no lo soy, créame. Lo que me pasa,
como decía mi padre, es que a veces
tengo un cortocircuito entre el cerebro y las bragas.
Esto lo decía mi padre de todas las mujeres. Mi padre,
que en paz descanse, era un machista irreductible

que odiaba a las mujeres. Yo lo quería mucho.
Con él siempre sabías a qué atenerte. No como ahora...

CABALLERO.—

Estoy de acuerdo contigo, Silvia.
¿Dónde está tu hijo?

SILVIA.—

En casa, con una chica.
No me gusta nada dejarlo solo por la noche.
Desde que su padre y yo nos separamos
el pobrecito tiene pesadillas. Nunca salgo, créame,
hoy he hecho una excepción. Hoy era necesario
que saliera, porque de esta reunión
dependen muchas cosas, por ejemplo, que la editorial
haga o no suspensión de pagos
y que yo pueda pagarme un buen abogado
y ganar el pleito.

CABALLERO.—

Es muy triste
esto que me cuentas, Silvia. Muy triste.
Por suerte, has ido a dar con la persona que necesitas.
(*Se señala a sí mismo.*)
A decir verdad, yo también he venido por negocios.
Soy vuestro capitalista potencial.
De mí depende que la editorial salga adelante. Además,
conozco muchos abogados. Los mejores especialistas
en derecho matrimonial, auténticas panteras.
Si quieres, te los puedo presentar.

SILVIA.—

¿Y cómo les pagaré?

CABALLERO.—

Cuando llegue el momento,
ya encontraremos la forma...

SILVIA.—

No me hable en este tono
paternalista. No puedo soportar a los hombres
paternales.

CABALLERO.—

No son sentimientos paternales
lo que tú me inspiras, Silvia.

SILVIA.—

Esto tampoco lo puedo soportar,
y, encima, no me lo puedo permitir.

Me tengo que ir. *(Pausa.)* Me voy.
(Pausa.) He dicho que me voy, y me voy.
(Sigue sentada. El CABALLERO se le acerca y le da un beso en los labios.)
No me lo vuelva a hacer, por favor,
usted no tiene ningún derecho y yo...
yo no sé dónde tengo la cabeza... ni la ropa.
(Salta sobre el CABALLERO y le da un beso largo y apasionado.
GABRIELLE *asoma la cabeza por 1* Al ver la escena desaparece y cierra la
puerta.
SILVIA *se separa del CABALLERO bruscamente y se queda temblando.)*
Qué vergüenza... no sé lo que me pasa.
Con el ardor que me sale del cuerpo
podría hacer otro agujero en la capa de ozono.

17

Entra GLORIA por 3.

GLORIA.—
¡Silvia!

SILVIA *se levanta dando un chillido y anudándose la toalla.*
Entra RICKY por 2. Todavía lleva la jeringa en la mano.
GABRIELLE *asoma la cabeza por 4.*

RICKY.—
¡Menudo susto
nos has dado!
Te hemos buscado por todas partes,
hasta por la terraza.

GLORIA.—
Suerte que Gabrielle
nos ha dicho dónde estabas.

El CABALLERO hace un ademán disimulado a GABRIELLE como diciéndole: ésta me la pagas. GABRIELLE se encoge de hombros.

RICKY *(al CABALLERO).*—
Disculpe una vez más...

CABALLERO.—
No, no, de ninguna manera. Me gusta
la forma en que lleváis la empresa
y también su personal.

RICKY.—
No es siempre así...

CABALLERO.—

Pues lo será
a partir de ahora. Gabrielle,
traiga una botella de champan
y cuatro copas. Supongo
que tendréis champan para brindar.

GLORIA.—
Cava.

CABALLERO.—
También esto cambiará.

GLORIA.—
Me parece que antes de brindar
Silvia tendría que vestirse.

SILVIA *baja la cabeza avergonzada.*

CABALLERO.—
Por mí no te preocupes, Silvia,
este modelo te sienta muy bien,
y en el Salón Cibeles los he visto más atrevidos
y más feos.

GLORIA (*cogiendo a SILVIA por el brazo, con gesto enérgico*).—
Silvia, andando.

GLORIA y SILVIA *salen por 4.*

18

CABALLERO.—
Ahora que las mujeres nos han dejado solos,
podríamos hablar un poco de nuestros negocios,
de hombre a hombre.

RICKY.— (*Deja la jeringa en el plato de las croquetas.*)
Se me cae
la cara de vergüenza. No sé
qué idea se debe haber hecho
de la empresa. Pero puedo darle
una explicación. Hace años
que tenemos la editorial. Gloria,
Silvia, su marido y yo
nos conocimos en la Universidad
y los cuatro, al acabar, fundamos la editorial.
Hemos pasado momentos buenos y momentos malos,
pero siempre hemos salido adelante, porque los cuatro
le tenemos afición y no nos asusta el trabajo.
Los gastos son mínimos. Nosotros
lo hacemos todo. Gloria, mi mujer,

lleva la parte financiera, y Silvia y yo nos encargamos de lo que podríamos llamar la parte intelectual. El cuarto socio, Coponius, era el marido de Silvia. Ahora se han separado y el se ha ido, quiero decir que ha retirado su participación... del capital... que ascendía a la totalidad..., salvo los cuatro duros de subvención que nos otorga la Generalidad.

CABALLERO.—

No te preocupes.
Lo que me estás contando ya lo sé,
y lo que he visto, me conviene.
¿Puedo tutearte? Pues escucha:
a mi no me interesa nada vuestra editorial.
La cultura me parece muy bien.
Si alguien cree que leyendo o yendo al teatro
dejará de ser un necio, que lo haga,
allá él. Ahora bien, nunca he creído
en la cultura como inversión rentable
y no tengo la intención de tirar el dinero.
Soy un hombre de negocios así que te hablaré
sin rodeos. La operación no puede ser
más sencilla: yo me hago con una participación
mayoritaria y luego hacemos que la empresa se hunda.
Como ves, la propuesta es puramente mercantil.

RICKY (*siguiendo con los ojos el vuelo de un mosquito.*)—

Perdone,
me parece que no le he entendido bien.

CABALLERO.—

Tú también puedes tutearme, Enrique.

RICKY.—

Aún así, sigo sin entender.

CABALLERO.—

Se trata de ocultar unas pérdidas dudosas,
provenientes de ciertas operaciones monetarias
no demasiado regulares,
bajo la capa de una quiebra regular y limpia.
El método es legal y se hace mucho.
Nadie sale perdiendo, uno cuantos
salen ganando, y todo el mundo se ahorra
tiempo, gastos, trámites y muchos quebraderos
de cabeza. No eres tan ingenuo que no sepas
de qué te estoy hablando.

RICKY.—

Sí, sí, naturalmente he oído hablar de estas cosas.
Es sólo la sorpresa... yo pensaba...

CABALLERO.—

Me hago cargo. Todos tenemos fantasías.
El engaño hace que el mundo ruede. No el dinero.
La palanca que todo lo mueve no es el oro
sino la fantasía: la ilusión del futuro,
del éxito personal, de los afectos, incluso
de la patria. Coge cualquier periódico,
lee la sección de economía y verás
en que invierte la gente sus ahorros:
en vanidad y sueños. ¿Sabes por qué van
muchos hombres de negocios a misa cada día?
Para dar gracias a Dios por habernos hecho
tan crédulos.

RICKY.—

Pero nuestra editorial...

CABALLERO.—

No es excepción.
Hacéis ver que vendéis sabiduría y vendéis papel
de mala calidad, mal impreso y encuadernado
de cualquier manera. Nunca he leído un libro vuestro
que no se deshojara. Ricky, lo sabes mejor que yo:
todo lo que se compra y se vende es fantasía,
no hay cosa más fácil que enredar a la gente,
la ley de la oferta y la demanda es una engañifa,
como todas las leyes. La única mercancía
que se compra y se vende es el alma.
(Pausa.) ¿Puedo hacerte una pregunta personal, Ricky?
¿Eres de familia rica?

RICKY.—

No, ni mucho menos.

CABALLERO.—

Se te nota. La riqueza es genética,
como todo. Mi tatarabuelo era banquero.
Como sólo le interesaban las mujeres,
con excepción de mi tatarabuela, por supuesto,
se arruinó. Mejor dicho, arruinó a sus clientes.
En Cataluña, a finales del siglo pasado,
un suceso de esta envergadura no era una broma.
Mi tatarabuelo tuvo que tomar una terrible decisión:
llamó a su contable y le dijo: señor Juan
(se llamaba Juan, pero todos le llamaban “señor” Juan,
porque cobraba un sueldo miserable), señor Juan

le dijo, usted es mi hombre de confianza,
no hace falta que le explique cuál es la situación
ni cuál el camino de nuestro deber. Le dio una pistola
y el pobre señor Juan se saltó la tapa de los sesos como un tonto.
Y de esta forma mi tatarabuelo salvó la vida,
el honor, y el fajo de duros que tenía escondido
debajo de un ladrillo. Y ahora, Ricky, sinceramente,
a la hora de la verdad, ¿de qué lado quieres estar?
¿del de los contables, como el señor Juan,
o del de los filósofos, como mi tatarabuelo?

RICKY.—

Ya voy entendiendo lo que me quiere decir, pero...

CABALLERO.—

Tutéame, hombre.

RICKY.—

No me da la gana.
Aún no somos socios y me parece
que nunca lo seremos.

CABALLERO.—

No estés tan seguro.
Lo que te propongo es razonable:
vuestra empresa está muerta. Esto
es un hecho irrefutable. Dentro de unas semanas,
como mucho unos meses, ya no habrá empresa.
Y cuando eso ocurra, tu puedes ser rico o pobre.

RICKY.—

También puedo encontrar otro socio.

CABALLERO.—

Ni lo sueñes. ¿Quién crees que meterá un duro
en un empresa arruinada, con un director
que vive en las nubes, una socia
borracha y drogadicta y otra
que se pasa la empresa por la entepierna
y le importa un pito que se hunda o no?

RICKY.—

¿Se refiere usted a mi mujer?

CABALLERO.—

Hablo de Gloria, sí.

RICKY.—

Gloria es muy lista, y muy competente,
y muy activa, y muy leal a la empresa. (*Pausa.*) Reconozco

que quizás ahora esté pasando un mal momento...

CABALLERO.—

¿Un mal momento, Ricky?

RICKY.—

Bueno, sí, he de confesar
que desde hace unos años la encuentro
un poco distante...

CABALLERO.—

Tal vez esté decepcionada.

RICKY.—

¿Quiere decir... de mí?

CABALLERO.—

¡O de la vida, quién entiende a las mujeres!
Pero tú no te has de avergonzar
de que tu mujer esté loca, Ricky.
Todas las mujeres lo están, sólo varía
la capacidad de tolerancia de los maridos.
Ah, ya vienen. ¿Y ese champan? ¡Gabrielle!

19

Entran GLORIA y SILVIA, vestida, por 4.

RICKY.— (*a SILVIA*).—

¿Cómo te encuentras?

SILVIA.—

Bien, ¿cómo va todo?

RICKY.—

Regulín.

CABALLERO (*a SILVIA*).—

Vestida también me gustas mucho.

GLORIA.—

¿De qué estabais hablando?

CABALLERO.—

De negocios. Los hombres
siempre hablamos de negocios,
aunque no lo parezca.
Ricky, tienes ante tus ojos
el consejo de administración
y la asamblea plenaria de accionistas.

Puedes exponer mi oferta
y pedir su opinión. Como el marido
de Silvia ya no está, las decisiones
las habéis de tomar vosotros tres.
Supongo que lo hacéis democráticamente.

RICKY.—
Nunca nos ha hecho falta un reglamento,
ni ahora tampoco.

CABALLERO.—
Haz la prueba.

RICKY.—
La haré, pero sé de antemano
cuál será la respuesta. Gloria,
Silvia, escuchad con atención:
este individuo quiere entrar en la empresa como socio,
pero no para sacarla a flote, sino al contrario:
para provocar la disolución y con esta maniobra
encubrir otras que no pueden salir a la luz.
De esta operación nosotros sacaríamos un dinero.

CABALLERO.—
Bastante dinero.

RICKY.—
En síntesis
ésta es la propuesta. Ahora tenéis vosotras
la palabra.

SILVIA.—
¿Blanqueo de dinero?

CABALLERO.—
Limpieza de cutis.

GLORIA.—
Entiendo la operación.
¿Pero no habría sido más sencillo
entrar en la empresa sin dar explicaciones
y luego, desde dentro, provocar la quiebra?

CABALLERO.—
Tal vez habría sido más sencillo,
pero soy un hombre honrado, no me gusta hacer trampas
y menos a mis queridos socios. Por otra parte,
en la decisión de disolver hemos de estar de acuerdo.
No quiero problemas de última hora. Unanimidad
sin fisuras, o nos vamos todos de cabeza a la Modelo.

Me parece que está claro como el agua.
Si mi propuesta os parece bien,
magnífico; si no, me voy y aquí no ha pasado nada.

Silencio.

RICKY.—
Bueno, ¿qué estáis pensando? (*Silencio.*) ¿Gloria?

GLORIA.—
Que hable antes Silvia.

RICKY.—
¿Silvia?

SILVIA.—
Ricky, en otras circunstancias
te consta que yo, por la editorial, mi afecto...
pero ahora, ya sabes cuál es mi situación...
Mi hijo...

RICKY.—
¿Esto quiere decir que le das
tu conformidad? (*SILVIA agacha la cabeza.*) Gloria.
(*GLORIA mira fijamente al CABALLERO y no dice nada.*)
¿Gloria?

GLORIA.—
Yo voto en blanco.

RICKY.—
¿En blanco? ¿Qué marrullería es ésta?
Votar en blanco no significa nada.
Votar en blanco es lavarse las manos,
como Poncio Pilatos.

CABALLERO.—
Una actitud higiénica, como mínimo.

RICKY.—
Dios mío, ¿qué está pasando aquí?
Gloria, exijo una explicación.

GLORIA.—
Perdona, Ricky, no puedo dártela.
Tengo razones personales, como Silvia.

RICKY.—
Silvia no tiene “razones personales”.
Silvia tiene deudas. Y tú tampoco tienes

“razones personales”. Nadie tiene “razones personales”.
Las “razones personales” no existen. Si son razones
ya no son personales.

GLORIA.—

Ricky, calla.

CABALLERO.—

Lo que yo te decía, Ricky. Las mujeres
tiene más sentido común que los hombres.
O, dicho de otro modo, son codiciosas
y avaras. Quieren seguridad, pero no
por cobardía o por vileza, sino por claridad
de ideas y un sentido riguroso
de lo que valen las cosas concretas.
Por mucho que les guste malgastar,
nunca he visto a una mujer malbaratar el patrimonio
familiar ni poner el peligro el bienestar de una casa.
Las mujeres nunca juegan con el dinero.

RICKY (*a* GLORIA).—

¿Oyes lo que está diciendo?
¿Cómo puedes estar de su parte?

GLORIA.—

No lo puedo evitar, Ricky.
Es mi carácter. De pequeña
me aburrían los títeres
y me gustaba el señor
que los hacía mover.
Yo no tomo decisiones, son ellas
las que me toman a mí.
Lo siento mucho.

Entra GABRIELLE por 1 con el champan y las copas.

CABALLERO.—

¡Ah! Llega el champan en el momento adecuado.

GABRIELLE va llenando las copas y las va pasando.

RICKY sigue cada vez más nervioso el vuelo de un mosquito.

SILVIA vacila y se apoya en el respaldo de una silla.

GLORIA (*aparte, a* SILVIA).—

¿Te encuentras bien?

SILVIA.—

Sí, sí, sólo
un poco abatida. En seguida
me animaré.

(*Coge la copa que le da GABRIELLE y se la bebe de un trago.*)
Precisamente hace un momento,
mientras me vestía,
me he tomado una pastilla.
En seguida me hará efecto.

GLORIA.—

Ahora sí que la hemos hecho buena.

CABALLERO (*aparte, a RICKY*).—

Ánimo, Ricky, la suerte
ya está echada. No re arrepentirás.
Cómprate un barco. Tienes cara de yate.
Ponte una gorra de marinerito,
vive bien, y no te vuelvas a equivocar.
Haced un viaje, los dos juntos. A Gloria
le conviene un cambio de aires, y que le hagas caso:
cómprale joyas y vestidos. Si quieres tenerla contenta,
esto no falla nunca. (*A SILVIA*) Y tú, no te olvides
de lo que hemos hablado antes. Ya ves qué bien manejo
los asuntos... y las personas. (*A todos*) ¡Brindemos!

SILVIA.—

Un momento. (*A GABRIELLE*) Lléname la copa.

GABRIELLE *le llena la copa. SILVIA se la bebe de un trago.*

CABALLERO.—

¡Brindemos!

SILVIA (*a GABRIELLE*).—

Vuélvame a llenar la copa.
(*A todos.*) ¿Por qué me miráis? Estoy bien.
Quizás no en el mejor momento de mi vida.
La semana pasada estaba mejor, la que viene
volveré a estarlo. Esto no cambia nada.
Para tomar decisiones no hay que estar a tope.
Si sólo pudieran tomar decisiones las personas felices
se pararía el mundo. Estoy bien.
Tal vez no muy fina. La cabeza me da vueltas,
los ojos me queman, tengo ceniza en la boca
y un sapo en el estómago. Mi cuerpo
es mi enemigo. Tengo los huesos de hielo
y los nervios son alambres de púas. Brindemos.

*Levanta la copa. Nadie la imita. Se bebe el champan de un trago, le da la copa a
GLORIA y se cae.*

GABRIELLE.—

Una altra volta l'estessa signorina de morros!

RICKY.—

Gabrielle, ayúdeme a llevarla a la cama.

Entre RICKY y GABRIELLE levantan a SILVIA y salen por 4.

20

CABALLERO (*levantando la copa*).—

A tu salud, Gloria.

GLORIA.—

Eres un miserable.

Brindan y beben.

CABALLERO.—

Ahora todo
vuelve a ser como antes.

GLORIA.—

¿Por qué lo has hecho?

CABALLERO.—

Por la misma razón
que todo el mundo lo hace todo: interés personal.
A mí me conviene la transacción
y a ti, el que yo la haga.
¿El hecho de no tener mala conciencia
me hace más miserable a mí que a ti?
En otras palabras: ¿Tener remordimientos
nos hace mejores?

Entran RICKY y GABRIELLE por 4.

RICKY.—

Silvia está bien.
Respira con regularidad
cuando respira. Le he desabrochado la ropa
y le he levantado los piernas, como me dijo Oriol.
No sé dónde he dejado antes la inyección.
(*La busca por la sala, ve que está en el plato de las croquetas.*)
Vaya. Me temo que tendré que volver a salir.
Gabrielle, mi abrigo, haga el favor.

GABRIELLE.—

Sissignore.

GABRIELLE sale por 2.

RICKY.—

¿De qué hablabais?

CABALLERO.—

De negocios.

RICKY.—

Creí que ya estaba todo hablado.

CABALLERO.—

Concretábamos los detalles.

Pero no tengo prisa. Ve

a donde tengas que ir. Gloria y Gabrielle

me entretendrán. Cuando vuelvas

firmaremos el documento privado

que había traído previendo que nos entenderíamos.

Después firmarán Gloria y Silvia

y el lunes o el martes, haré venir al notario

y escrituraremos. Anda, vete.

Entra GABRIELLE por 2 con el abrigo. Se lo da a RICKY, éste se lo pone y sale por la puerta de entrada al piso. GABRIELLE recoge las copas y sale por 1.

CABALLERO.—

No sufras por él. Ya tiene edad de saber

que los reyes no son los padres.

GLORIA.—

La editorial era la ilusión de su vida.

La editorial y yo. Y tú le has quitado las dos cosas

sin mover un dedo.

CABALLERO.—

Con tu ayuda, no lo olvides.

GLORIA.—

Ni tú tampoco.

Pero no hace falta que me des las gracias

de palabra. Como sueles decir,

ya encontraremos la forma.

CABALLERO.—

¿Qué quieres decir?

GLORIA.—

Que entre tú y yo

nunca han hecho falta palabras.

Como te decía antes, al fondo del pasillo

hay otro pasillo, y allí,

al lado de una litografía de Tapies,

está mi habitación. Yo voy antes.
Necesito cinco minutos
para arreglarme como Dios manda.

CABALLERO.—

¿Y si vuelve tu marido?

GLORIA.—

Tardará por lo menos media hora.
Antes con cinco minutos teníamos de sobra.

CABALLERO.—

Todo lo haces de prisa y corriendo.

GLORIA.—

Sí, soy muy moderna.

CABALLERO.—

¿Por qué haces esto?

GLORIA.—

Por lo mismo: interés personal.
Pero no tengas miedo: el viaje
sólo es de ida. Ya no soy la misma.
Ahora soy como tú. ¿Vienes o no vienes?

CABALLERO.—

¿No te arrepentirás más tarde?

GLORIA.—

Más tarde no. Ya estoy arrepentida ahora.
Pero hace tiempo que he aprendido a vivir
con el remordimiento. Al principio es cansado
y fastidioso; pero luego, cuando te acostumbras,
hace mucha compañía. Como un perrito.
¿Vienes o no vienes?

CABALLERO.—

La pregunta
es retórica.

GLORIA.—

Cinco minutos.

GLORIA *sale por 3.*